

Territorios: Reproducción, organización y crisis

En nuestro *quehacer* profesional cotidiano, la referencia al territorio es continua: sea porque referimos a un espacio geográfico específico o donde se enclava un servicio social, porque indagamos allí sobre la existencia -o ausencia- de determinados recursos, porque allí se moviliza la cotidianidad de la población usuaria, entre otras cuestiones.

El presente artículo tiene por objetivo colocar una serie de interrogantes respecto a los entendimientos cotidianos que realizamos de los territorios, sus usos y sus particularidades.

Territorios de reproducción

Podemos partir de una idea que nos dice que cotidianamente llamamos territorio al espacio donde las personas desarrollan sus vidas. Allí viven, allí trabajan, allí sobreviven. Un territorio, cualquiera en el que pensemos, hacen referencia a múltiples elementos que no permiten definirlo por sí mismo: un enclave geográfico o delimitación estrictamente cartográfica; diferentes instancias de organización pública y de la sociedad civil; una forma de vida muy propia de ese lugar que se diferencia y se iguala a otras. El territorio claramente es todo eso: su delimitación espacial, lo que allí encontramos y a quienes allí viven. Veamos estos puntos.

La delimitación geoespacial del territorio no solo es una marcación que diferencia nombres, sino significativamente una instancia simbólica de identidad. La ubicación de dicho espacio dentro de un espacio mayor, trae consigo elementos que, al menos al interior de ese ordenamiento urbano, ubican y marcan subjetivamente aspectos que repercuten en la cotidianidad: mayor o menor visibilización de la criminalización, estigmatización, violencia, opresión, etc.

Simbólica y políticamente, ¿es lo mismo vivir en la periferia de un centro urbano? ¿en las cercanías de un arroyo o un basural? ¿dónde el narcomenudeo digita la dinámica del barrio?

En este punto, también es interesante recuperar la forma peculiar en la cual interviene el Estado. Visiblemente, a mayor alejamiento de los centros urbanos, existe una particular forma de intervenir por parte del aparato estatal: Centros de Salud, instituciones educativas, destacamentos policiales, etc. Allí se erigen servicios sociales que en algún punto, buscan garantizar ciertos aspectos de la sobrevivencia de las personas que allí viven, sea en materia de salud, alimentación o educación, predominantemente.

Como segundo elemento a considerar, se vuelve central pensar en quienes viven en esos territorios. Y necesariamente tenemos que pensar este punto entrecruzado con el anterior: en la sociedad

actual se vive donde se puede. Por un lado, a mayor distancia del centro urbano menores son los costos de alquileres, como también, mayores son los asentamientos configurados en espacios ociosos.

Pero a su vez, este punto suele producir un proceso de endogenismo identitario, haciendo que la distancia con los centros urbanos, sumado a la intervención del Estado, vuelva exclusivamente la dinámica cotidiana de la población dentro de la delimitación espacial de ese territorio. Es decir, las personas viven y sobreviven dentro de ese espacio.

La escuela, el centro de salud, el club, el comedor, y la mayoría de las redes sociales funcionan allí; por lo cual en muchos casos las personas, mayoritariamente adultas, salen de esa delimitación solo por trabajo.

En pocas palabras, las personas que viven en esos territorios realizan múltiples tareas que permiten el desarrollo de la reproducción social en esos espacios. Por lo tanto, en esos lugares conviven quienes garantizan las tareas de cuidado, quienes forman parte del mercado de trabajo y quienes por diversos motivos no pueden insertarse en él; viven allí quienes emprenden y se organizan para poder garantizar su propia vida y la de sus familias.

En esto último, surge un elemento sumamente significativo: una dinámica muy propia de organización colectiva totalmente genuina y desde abajo.

Organización territorial

Continuemos con la idea anterior. Existe un proceso propio de cada territorio donde se visibilizan organizaciones que *sostienen* la dinámica cotidiana, como también organizaciones que *sostienen* la reproducción de la vida. Pensemos en esos varios ejemplos que construyen identidad, que transmiten aspectos socializantes, que posibilitan relaciones sociales; que cuidan, que transmiten valores, que organizan y construyen sentido. Pero además, existen organizaciones que permiten la reproducción de la vida, la sobrevivencia de las personas que viven en un territorio. Hacemos referencia a esas relaciones sociales que sostienen desde la construcción de redes, la humanizante tarea de hacer que la vida suceda.

Pero también existen de aquellas organizaciones que enfrentan injusticias o pelean por mejores condiciones de vida. Están familiares contra las consecuencias del narcomenudeo o la violencia policial, están las organizaciones que responden frente a situaciones de violencia de género, entre otras. Como también están aquellas que reclaman la apertura de una institución educativa o el mejoramiento de un centro de salud, mejores condiciones de infraestructura o algo tan simple como la ampliación del recorrido del transporte público.

Estos elementos también hacen a la reproducción de la vida, y claramente construyen identidad a un territorio.

Los territorios en momentos de crisis

Nos detendremos ahora, y solo quizá de modo introductorio, a pensar que sucede en los territorios en momentos de crisis. El variopinto de manifestaciones sobre esto es significativo: podemos observar desde una continua retracción mayor hacia el territorio; la profundización en la precarización de la vida; la presencia de mayores obstáculos para sostener tareas de cuidado y la reproducción de

la vida; el desempleo y el peregrinaje por las calles; el dismantelamiento de la política pública y el vaciamiento de recursos en los servicios sociales indispensables.

En tiempos donde la deshumanización y el hambre abunda, nos encontramos en un continuo desar-me de aquellas formas históricas de organización territorial que señalamos anteriormente. Las unidades familiares ya no pueden garantizar su alimentación, y menos extender a otrxs; los emprendimientos se chocan con la pérdida de poder adquisitivo; la institución educativa y el centro de salud se vuelven vál-vulas de contención de múltiples problemas; la violencia se recrudece; y el narcomenudeo avanza.

En todo esto, al Trabajo Social se le presentan muchas batallas, algunas propias y otras propias de su quehacer profesional, pero donde todas contienen el mismo interrogante: cómo generar procesos de intervención que contengan y trasciendan el complejo entrecruzamiento de la precarización de la vida de la población usuaria y de su propia vida cotidiana.

Quizá inicialmente debemos sincerar y volver visible el modo en que hoy se vive -y vivimos-, romper con ideas romantizadas sobre lo que hacemos y sobre los lugares donde trabajamos, para final-mente reencontrarnos con quienes aun así, sostienen humanamente, la resistencia de la sobrevivencia.